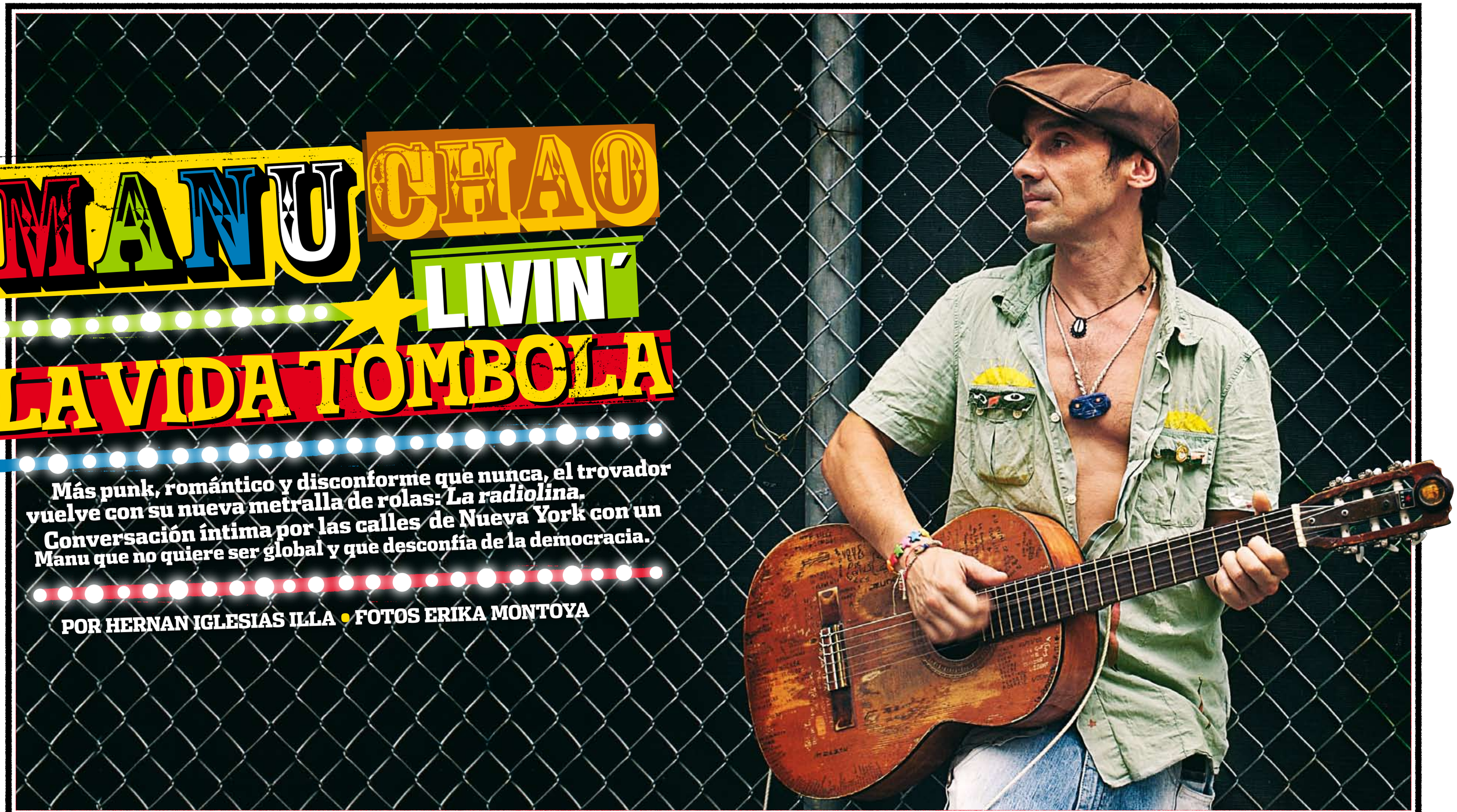
MANU CHAO

LIVIN' LA VIDA TOMBOLA

Más punk, romántico y disconforme que nunca, el trovador vuelve con su nueva metralla de rolas: *La radiolina*. Conversación íntima por las calles de Nueva York con un Manu que no quiere ser global y que desconfía de la democracia.

POR HERNAN IGLESIAS ILLA • FOTOS ERIKA MONTOYA



A fines de abril, tocando en Coachella, el popular festival del desierto californiano, Manu Chao gritó: "¡Bush es el terrorista más grande del planeta!". Diez días más tarde, en Texas, el estado donde el presidente de los Estados Unidos fue gobernador, volvió a decir lo mismo. En Brooklyn, a fines de junio, sobre un reggae suavecito de fondo, agregó: "La violencia se combate con más educación y más empleo. ¿OK, mister Bush?".

EN TODOS LOS CASOS –LAS 90 MIL PERSONAS de Coachella, que no lo conocían mucho y esperaban a Rage Against the Machine; las 2.500 de la sala Palladium, en Dallas, o las más de 6.000 que se empaparon bajo la lluvia en el Prospect Park de Brooklyn–, el público respondió de la misma manera: con una ovación. Y para Manu Chao, que había armado esta gira de veintitrés conciertos en cuarenta días por los Estados Unidos para tratar de entender un poco a este país al que tanto critica, el apoyo unánime del público no sólo no le dio ninguna respuesta sino que le generó nuevas preguntas.

Acurrucado en un sillón en el lobby de un gris Holiday Inn en Manhattan, casi a la medianoche del jueves en el que Argentina le ganó a Estados Unidos por la Copa América, Manu toma un poco de café negro y dice:

–En todos los lugares donde hemos tocado, hasta en los festivales donde el público no nos conocía, la gente ha sido súper receptiva, unánime, súper bien. Pero para la siguiente pregunta que me hago no tengo respuesta. Mira: yo tengo pasaportes francés y español. Tampoco puedo lucir de tener presidentes súper relucientes. Pero apostaría mi brazo derecho a que si en Francia o en España tuviéramos un presidente como éste, jodiendo tanto por ahí fuera, estoy absolutamente seguro del espíritu cívico de estos dos países y de que seríamos 50 mil tipos cada sábado frente al Palacio de Gobierno. No tengo duda alguna. El otro día, en Coachella, había casi 100 mil personas gritando conmigo contra Bush. Pero frente a la Casa Blanca no había nadie. Esa es la respuesta que no tengo.

Una respuesta posible es que la imagen positiva de Bush en los Estados Unidos lleva casi dos años por debajo del 30 por ciento –ahora todos se animan a pegarle– y que dentro de un año y medio sí o sí se irá a su casa: no hay necesidad de echarlo. El Bush todopoderoso de hace cinco años, el que ordenaba guerras sin importarle la opinión de nadie y quería convertir a los Estados Unidos en una megaiglesia sin gays ni Darwin ni células madre, hoy ya no existe; es un personaje cómico al que nadie teme y del que todo el mundo se burla.

Manu no. El se lo sigue tomando muy en serio, como ha hecho con casi todo en sus más de veinte años de carrera: "Odio el cinismo, me parece un escondite súper cobarde", dice. Esa es una de las cosas que me interesaba saber sobre él: casi una década después de haber sido la banda de sonido del estallido antiglobalización –en Porto Alegre, Seattle, Génova y Praga, antes de chocar con la policía se leía a Naomi Klein, se fumaba porro y se escuchaba *Clandestino*–, quería saber cómo se sentía Manu ahora que el movimiento antiglobalización parece haber perdido algo de gas y si la edad (cumplió 46 años durante la gira, en Toronto) había cambiado en algo su manera de ver la música y el mundo. En definitiva, si la próxima estación sigue siendo "Esperanza". En las próximas horas, mientras caminemos de madrugada por las calles extrañas del barrio que separa al Soho de Chinatown, me dirá que sí, que mantiene la esperanza –"no queda otra"–, y negará haber perdido fe en el movimiento antiglobalización: "Sólo se ha vuelto menos mediático". Y yo no sabré si creerle, porque por momentos se mostrará desencantado –"la situación está mucho peor que hace cinco años, hay mucha gente a punto de explotar"– y dará señales de que el Manu Chao *buen rollo* de hace algunos años, el adorable y afectuoso defensor de las mejores causas, el que hacía todo con una sonrisa, hoy está concentrado en otras cosas: su música, que se ha hecho más dura, y su vida, de la que parece estar disfrutando más que nunca.

"LA SITUACIÓN ESTÁ MUCHO PEOR QUE HACE CINCO AÑOS, HAY MUCHA GENTE A PUNTO DE EXPLOTAR."

A MANU CHAO, BICHO DE CIUDAD, le gusta Nueva York: "Tiene calle". En Barcelona, donde vive cuando no está de gira o dando vueltas por el mundo, está todo el tiempo en el Barrio Gótico: "Yo voy a mi casa sólo a dormir. Después estoy en bares o por ahí". Salimos del hotel y caminamos hacia Broadway por Canal Street. Llovió mucho hasta hace unas horas y no hace calor. En la calle hay muy poca gente. Manu tiene puesta una camisa de jean celeste, pintarrajeada de amarillo y rojo "por un artista polaco amigo", boina marrón, pantalones pescadores, los tobillos al aire, medias cortitas y zapatillas blancas. Habla tranquilo, con acento español y un aroma de francés, pero sin parar. Es expresivo –usa frases cortas, se hace preguntas que él mismo responde, cita los diálogos en estilo directo– y abre mucho los ojos cuando quiere dar énfasis. A quince metros de distancia parece un veinteañero, por la chispa, el gorro que le cubre la mata espesa de pelo gris y un estado físico nervioso y saltarín. Desde más cerca, alrededor de los ojos y en las mejillas se puede ver el paso del tiempo.

–¿Nunca tenés rutina en tu vida? ¿Qué pasa cuando terminan las giras y los proyectos?

–Tengo mi piso en el Barrio Gótico, que no es mío, me encantaría comprarlo pero la dueña no me lo vende. Hacia allí voy. Pero no llego nunca a la rutina tampoco ahí, porque nunca llego a estar más de un mes y medio seguido en Barcelona. Siempre le tuve un poco de pánico a la rutina. Le tengo súper envidia a la gente que le gusta vivir en la rutina. Sana envidia.

–¿La edad no te va pidiendo rutina?

–Cumplí 46 la semana pasada, pero creo que sigo en plena crisis de adolescencia. Necesito un psiquiatra con urgencia [*se ríe*]. Pero me siento bien. La vida me ha tratado bien, me ha dado muchas oportunidades y mi pasión de adolescencia sigue siendo una pasión treinta años después y me da de comer, ¿cómo voy a despreciar eso? He tenido una suerte inmensa en mi vida, la aprovecho y sigo *pa'lante*. Tengo a mi hijo [Kira, de 8 años, vive en Brasil con la madre] y a mi banda, que es una familia inmensa –contesta, mientras cruza el pulgar y el índice de la mano izquierda y se los besa sonoramente. No quiere decir cuál es su estado civil: dice que "a veces" vive con alguien, dependiendo del momento. "El amor está", agrega, intentando aclarar.

–Ahora estás por volver a casa. ¿Cómo vas a romper la rutina?

–No sé. No tengo nada en mi *planning*. No tengo ningún compromiso después del 10 de julio, cuando termina la gira. Para mí es muy importante no planear a más de cuatro meses. Es mi libertad intelectual, si no me vuelvo loco.

–Hay gente que se vuelve loca si no tiene todo planeado.

–Mi problema es que hay tantas cosas que quiero hacer o en las que quiero implicarme que si hago un *planning* a cinco años enseguida ya me doy cuenta de las cosas que nunca haré. Además, qué sabe uno cómo estará el mundo dentro de dos o tres años, ¿no?

Manu Chao se queda callado, y es una novedad. En medio del silencio de la noche –el Soho es un barrio muy poco nocturno: de bohemio no le queda casi nada– , da un par de pitadas a un cigarrillo finito y sin filtro y pone la mirada en algún punto detrás de mí. Me da no sé qué darme vuelta o hacer una pregunta. El solo vuelve a hablar:

–La vida pasa. Me siento mucho mejor conmigo mismo ahora que hace unos años. Antes no sabía quién era. Ahora sí. Ya sé mis cualidades, mis defectos, ya sé vivir con eso. Ya no te haces planes de que quieres ser Erroll Flynn o Clark Gable, ya eres quien eres. Punto. Como decía Eduardo Galeano en *Memorias del fuego:* todo lo que venga de acá *pa'lante* es propina.

–Y como decís vos en los recitales, "Pase lo que pase, sea lo que sea..."

–..."a tu manera". Claro. Yo he aplicado siempre este lema. Siempre lo he hecho a mi manera, siempre fui a donde me decía mi instinto. Cuando mi instinto desapareció y me dejó sólo con mi cabeza, se me complicó. Hubo una época en la que pensé que había perdido mi instinto y la pasé muy mal, porque luego intenté hacer mi vida con la racionalidad y no pude. Respeto la racionalidad, pero a mí no me ha llevado a buen puerto. América latina fue una enorme escuela de instinto para mí. La conexión con cierta gente, con ciertas plantas...

–¿Los años no te han hecho más conservador ideológicamente?

–Tengo un amigo senegalés que siempre me dice: "Ten cuidado, Manu, que a partir de los 40 todo va muy-muy rápido". Eso es todo lo que sé. Hombre, a los 20 años te haces muchas más ilusiones de que puedes cambiar el mundo. Y después la vida te da palos. En un momento te das cuenta de cómo es el ser humano, de los problemas de ego, de convivencia, te das cuenta de que si miras la historia de la humanidad es una repetición eterna de los mismos errores. Ahí entra el tema de la esperanza. Hoy hay mucha menos perspectiva para la juventud que cuando nosotros éramos jovenes, cuando aún se podía encontrar algo de trabajo.

En la esquina de Howard y Crosby, cruzamos a un tipo de unos 50 años tirado en el suelo, que duerme despatarrado junto a una botella de gin casi vacía. Manu lo mira un largo rato, pero no hace ningún comentario. Dentro de un par de horas, cuando volvamos a pasar por allí, dirá: "Cuando fuimos a Eslovenia vimos a un montón de tipos tirados en la calle. Le pregunté a la gente de ahí hace cuánto que existían y me dijeron que antes de la caída del Muro no había ninguno, que era un fenómeno nuevo del capitalismo y la democracia. Yo no estoy tan seguro de que ahora estén mejor que antes".

LA RADIOLINA ES EL PRIMER DISCO de Manu Chao en seis años. Ha abandonado su larga relación con EMI y debuta con Because, un sello independiente anglofrancés para el que ya produjo en 2005 un disco del dúo maliense Amadou & Mariam. ¿Cómo será *La radiolina*? Todavía es difícil de saber, porque Manu, en esta noche de junio, todavía no lo tiene terminado. Lo que sí se puede decir es que tendrá más guitarras y será más rápido que sus antecesores. Más The Clash, menos Marley; más ciudad, menos Caribe. Eso es lo que se desprende de "Rainin in Paradize", el single que colgó hace un par de meses en su página web, y del puñado de canciones que ha estado tocando en la gira por los Estados Unidos.

–Va a haber seis o siete canciones como "Rainin" en el disco. Es algo más duro, hay más guitarras. Pero eso es porque es el primer disco que grabo con Madjid [Fahem, guitarrista] y David [Bourguignon, baterista], que están conmigo desde hace años en la banda y ellos son muy buenos con las guitarras. Algo más durillo está, sí.

–¿Eso significa que hay menos influencias caribeñas y latinas?

–Caribeñas sí. El mundo está tenso, es más preocupante hoy que hace cinco años. Hasta el tono del disco, con esas guitarras tan fuertes, muestra la tensión que está en el aire. No va a ser un disco tan etéreo como *Clandestino,* que era puras burbujitas de jabón, con un puntito new age.

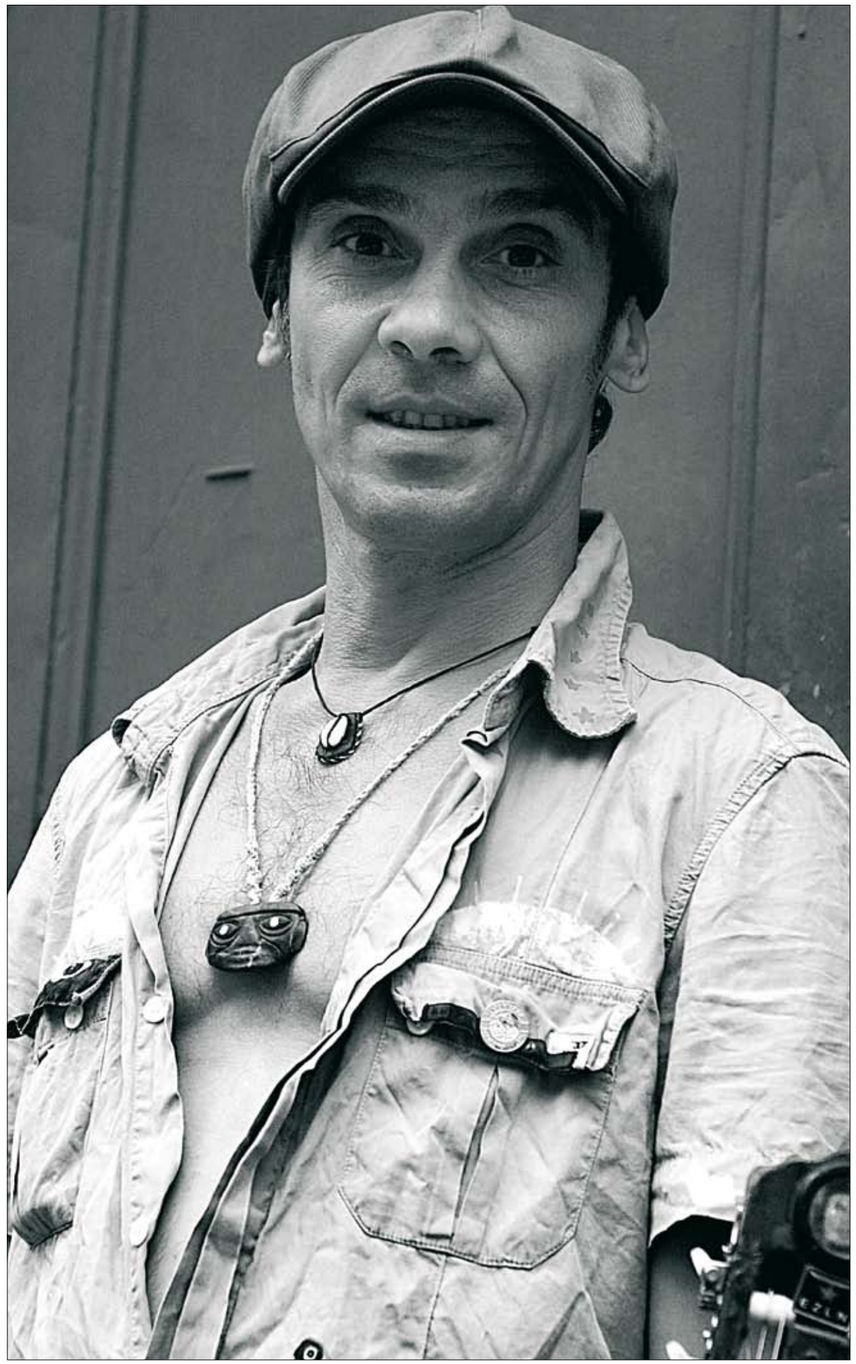


FOTO: JOSE LUIS GARCIA/ARCHIVO RS

De lo latino no sé qué decirte. ¿Qué es latino? Hay una canción que se llama "Mala fama" que tiene el espíritu de un bolero. No es técnicamente un bolero, pero sí tiene un aire muy latinoamericano.

–¿Pensás en tu lugar en el rock cuando preparás un disco?

–No. Si hago eso estoy jodido. Si hago las cosas pensando cómo lo recibirá la gente, en cómo será analizado e interpretado, el plano psicológico, el intelectual... No, no, no. En eso soy súper egoísta. Tiene que ser bueno para mí. Porque la música es mi terapia. Yo me estoy cuidando de este mundo, de lo que no me gusta de este mundo, y la música para mí es una manera de canalizar la rabia. La música es mi doctor.

–No seguís de cerca las últimas novedades...

–No, estoy muy poco al tanto de lo que se está haciendo en el mundo. No me interesa saber. Pero igual creo que estamos en una época musicalmente que ni fu ni fa. Algo tendrá que explotar dentro de poco.

–¿Cuál es tu relación con el hip-hop? En tus barrios de las afueras de París es por lejos el género número uno.

–Número uno, sin duda. Mi relación con el hip-hop es muy buena, pero no soy muy bueno improvisando letras y esas cosas.

–No lo has usado mucho...

–Lo he usado a mi manera. Por ejemplo en "King Kong Five" [de Mano Negra], en "Bongo Bong". Seguramente algo me ha influenciado.

Nos sentamos en los escalones de la entrada de una galería de arte del Soho. Detrás de uno de los ventanales hay un cuadro con fondo negro y, pintado encima, el setentoso logo de Yes, la banda de rock progresivo.

La radiolina será el primer disco de Manu Chao desde la universalización de las descargas por internet y la crisis de la industria discográfica. Le pregunto si le preocupa que el CD se venda poco, o menos de lo que debería, por culpa de las descargas gratuitas:

–No, me da igual. Yo no voy a tener problemas para darle de comer a mi hijo por culpa de la piratería. Yo ya me he ganado mi vida, tengo mi familia a salvo... Que me pirateen no es un problema. Puede ser un problema para un grupo nuevo que no tiene mi nivel de ventas o que no lleva tanta gente a sus recitales, pero no para mí. Además, la piratería siempre existió. En mi barrio de adolescente, por cada vinilo que compraba algún colega, todos los demás hacíamos casetes. Yo tenía todo en casete, no veo en qué ha cambiado. Ahora es un poco más fácil, antes nos costaba una hora, pero en el fondo es lo mismo.

–O sea que la industria no tiene derecho a protestar...

–Las quejas de la industria me dan mucha rabia. Son unos cabrones. Se están forrando. A nivel de CDs sí están cayendo las ventas, pero ¿con qué se están forrando? Vendiendo maquinitas para piratear a los músicos. ¿Quién vende el iPod? ¿Qué vende Sony? Están machacando a la juventud para que compre maquinitas para piratear a los músicos. Hoy el negocio está en eso. Por eso cuando dicen que el negocio va mal... Os estáis librando de los músicos, que somos complicados. Las maquinitas no protestan.

Menos melódico y más acelerado. Chao cambia el soundsystem por una tromba sin descanso.

(Sony BMG es la única de las cuatro discográficas globales –las otras son EMI, Warner y Universal– involucrada en la venta de reproductores MP3. El mercado es dominado ampliamente por el iPod, de Apple, con una participación de más del 75 por ciento.)

Cuarenta y ocho horas antes, Manu Chao había sorprendido y sacudido al público multicolor del festival de verano de Brooklyn –abundancia de latinos, pero también muchos gringos indies y no tan indies– con un recital más acelerado y menos melódico de lo que muchos esperaban. La primera media hora fue la habitual tromba sin descanso de Radio Bemba: los músicos saltando en cueros, encadenando las canciones una detrás de la otra y transpirando como chanchos en el día más caluroso del verano neoyorquino. Casi ninguna canción se parecía a su original. "¿Qué hora son mi corazón?", cantó Manu en un momento y el sector más hippón de la tribuna vibró de alegría, pero la versión de "La primavera" que vino después se pareció bastante poco a la del disco. El show fue una montaña rusa fiestera: la banda saltaba en cada canción del reggae al tum-pam-tum-pam ska-punk, a veces más de una vez por canción. Había una sensación de euforia rockera, con Manu Chao haciendo de canchero y amigable maestro de ceremonias. "Se parece a Johnny Depp en *Piratas del Caribe*", dijo detrás de mí una chica con acento caribeño, probablemente confundida por la extraña vincha-bufanda multicolor que tenía Manu alrededor de la cabeza.

Pese a los cambios de ritmo y las largas galopadas a toda velocidad, el recital está, como diría su cerebro, "súper ensayado". Tan ensayado que también está planeado cómo salir del guión si Manu lo decide. Hay un par de señales que sus músicos ya conocen: si se lleva las manos a la cadera, como si estuviera enfundando unas pistolas, quiere decir que quiere bajar a un reggae; si, durante un reggae, hace círculos con la mano derecha, como si agitara un lazo, quiere decir que está pidiendo un tum-pam-tum-pam. No hubo necesidad de señales en "Desaparecido" y "Clandestino", las que cantó suaves y reconocibles para tranquilidad del público no fanático ni poguero que se había quedado al fondo, sentado sobre el pasto, con ganas de cantar.

"ME ESTOY CUIDANDO DE LO QUE NO ME GUSTA DE ESTE MUNDO. Y LA MUSICA, PARA MI, ES UNA MANERA DE CANALIZAR LA RABIA."

Mientras subimos por Mercer Street –adoquines húmedos, viejos galpones de metal y hormigón reconvertidos en lofts multimillonarios–, Manu enciende y fuma sus cigarrillitos, que saca de un paquete arrugado en el bolsillo de la camisa. Volví a preguntarle por la relación de sus canciones con su militancia política y se quedó pensando. No le gusta cuando alguien dice que su música es política o que es el líder de ningún movimiento. Ni siquiera acepta la benévola etiqueta de rebelde: "Son todas cosas que se han dicho de mí, pero de las que yo nunca me hice cargo". Cuando habla de estos temas, especialmente sobre el significado de sus canciones, Manu se muestra inseguro y confuso, como si le diera vergüenza. No le da vergüenza ponerle "Politik Kills" a una canción del nuevo disco o hacer rimar democracy con atrocity y con calamity, pero, como muchos artistas, siente que explicar su trabajo lo hace demasiado obvio. Todo lo contrario ocurre cuando habla de política no como músico, sino como analista-militante: ahí Manu brilla, es elocuente y, aunque a veces diga cosas que son imposibles de comprobar (¿en qué se basa para decir que el mundo está mucho peor hoy que hace cinco años?), todo lo que dice es interesante. La pasión que le pone es tan contagiosa que a uno le dan ganas de ponerse de su lado.

–El movimiento antiglobalización es cada vez más amplio porque la situación es cada vez más crítica y más gente ve que el semáforo ya está en naranja. Más y más gente se da cuenta de que si seguimos así vamos contra la pared. El instinto de conservación nos dice que así no se puede seguir.

–Entonces sos optimista...

–Estamos en una carrera contra el tiempo entre la locura del sistema y el instinto de conservación de la gente. Vamos superatrasados, pero en un momento dado recuperaremos terreno. La gran pregunta es saber si no es demasiado tarde ya.

–¿La situación de América latina no te da esperanzas?

–El momento de América latina es mucho más interesante políticamente que cualquier cosa que pueda pasar en Europa. El Primer Mundo está viejo, es un problema generacional. La mayoría de los votantes son viejos, llevan sometidos una vida entera al miedo que les han metido la televisión y los medios, y entonces votan de forma reaccionaria. América latina es mucho más joven que Europa. Y eso políticamente se nota. Muchos me reprochan mi apoyo a la revolución venezolana. Yo la apoyo sin duda, porque sin duda es mejor que lo que había antes. Pero yo no soy chavista, porque soy Manu y nunca fui de nadie. Tengo muchas críticas sobre Chávez.

–¿Cómo cuáles?

–El símbolo Simón Bolívar. Bolívar liberó a América latina con las armas de los ingleses.

FOTO: FABIAN MARELLI/GENTILEZA ARCHIVO LANACION

Para sacar a los españoles vendió América latina a los ingleses. No me parece el símbolo adecuado. Ponme un símbolo moderno, por favor. Ponme al Chavo del 8, qué sé yo.

Manu Chao está indignado con el tratamiento que reciben Chávez y Fidel Castro en Europa. "En España no tanto, pero en Francia si dices algo bueno sobre Fidel te acusan de estalinista", dice. Admite que en América latina es distinto, que los países de la región tienen claros los méritos de educación y salud del gobierno de Castro. Pero se enferma cuando habla de lo que él cree es una tendencia abiertamente hostil contra ambos países. Reconoce que ambos gobiernos tienen aspectos criticables, especialmente el encarcelamiento de disidentes en Cuba, y que está bien que la prensa refleje estos temas: "Pero que también digan las cosas buenas. No hables sólo de lo malo, no es justo. ¿Venezuela ha cerrado un canal de tele? Está bien, pero ha abierto quince, y cooperativos, en los barrios. Nadie dice eso".

En marzo del año pasado, Manu Chao y Radio Bemba tocaron un miércoles en la Tribuna Antiimperialista de La Habana y dos días después en el Poliedro de Caracas. "En el vuelo entre ambas ciudades éramos ocho músicos y doscientos médicos cubanos", recuerda. En La Habana, frente a 100 mil personas, Manu les dijo a los jóvenes cubanos que no se estaban perdiendo de mucho: "Todas las mafias que reprimen al mundo se esconden detrás de la palabra democracia. La democracia nunca podría ser la dictadura del dinero ". En Venezuela, se maravilló con el impulso que le da el gobierno a los jóvenes. Los organizadores de su concierto, en la mayor sala de la capital, eran un grupo de muchachos de un barrio cercano. A Chao, que llegó al país contratado por la alcaldía de Caracas, le encantó la experiencia. "Nada de promotores y todos esos tipos que creen que saben lo que están haciendo. Los chavales fueron igual de profesionales que cualquiera", recuerda. Admite que se llevó una muy buena imagen del gobierno: "En los barrios, el apoyo a la revolución es total".

Mientras volvemos al hotel, Manu Chao ya ha repasado todas sus contradicciones: el tenue deseo de madurar versus la pulsión por mantenerse adolescente, la buena onda contra la rabia, el espíritu festivo y el compromiso social, pasarla bien versus cambiar el mundo, la esperanza y el desencanto. El quiere un poco de cada cosa, y quizás uno de sus atractivos sea, precisamente, su incapacidad (tampoco lo intenta mucho) para decidirse. En el escenario –reggae vs. punk– funciona de maravillas.

–*¿Hasta cuándo tenés planeado seguir con esta vida nómade, sin rutina ni planes?*

–No lo sé. Estoy esperando que la pasión baje. Que no será para mí una desgracia. Al contrario. En la música me siento en plenitud. Estoy escribiendo bien, me gusta mi música. Hace unos años, entraba en un bar y, si había una guitarra, por mi timidez natural, rogaba que no me la pasaran. Ahora la quiero. Dame una guitarra y aguanto una hora, dos horas, lo que sea. Como músico me siento mucho mejor que antes, más seguro. Sé que nunca seré el mejor cantante del mundo, pero para animar un bar ahí estoy.

–*Entonces, por ahora no hay retiro.*

–No, no, ¡una vueltita más!

SE FUERZA LA MAQUINA

DE *CLANDESTINO* A *LA RADIOLINA*, EL VIAJE POLITICO Y MUSICAL DE UN TROVADOR SIN FRONTERAS

En 1998, Manu Chao no necesitó más que una guitarra, una portaestudio de cuatro canales y un largo viaje por América latina para alumbrar *Clandestino* (1998). El mundo era otro: las Torres Gemelas estaban en su lugar, Bill Clinton gobernaba los Estados Unidos y el régimen talibán detentaba el poder en Afganistán. Los movimientos globales de resistencia vivían días efervescentes. La ilusión, en retrospectiva, era que había margen para construir un poder planetario paralelo, y el debut solista de Manu, en América latina y ciertas regiones de Europa, fue la banda de sonido perfecta para esa mitología de trotamundos sin "papel", exploradores de nuevas formas de organización política y turistas etnológicos con la mochila baqueta y el discman en opción *repeat* (*Clandestino* en modo *mantra*). Manu proponía la estrategia del viajero evanescente ("Desaparecido"), de paradero esquivo (el tiempo era más de contestadores automáticos que de celular), a la vez que componía un contranoticiero con los residuos de la comunicación electrónica ("Esta semana se inició en Kyoto, Japón...") sobre una secuencia de canciones terapéuticas.

El efecto clandestino fue de acción lenta: en la Argentina, por ejemplo, abarcó el largo invierno de 1999, explotó en el verano del 2000 –en esos días, Manu Chao era el nuevo Bob Marley– y derivó en música funcional de la fantasía de desintegración institucional post-2001, cuando Naomi Klein –autora de *No Logo*– daba cátedra en la carpa de Brukman y alguna mochilera danesa te preguntaba cómo hacer para militar en la Aníbal Verón. A la par, el terrorismo y las guerras "preventivas" se hicieron más visibles y el mundo se convirtió en un lugar complicado para ser un "*fantasmá* que nunca está". Chao bajó el perfil, siguió viajando, grabó un disco caribeño y un tanto redundante (*Próxima estación: Esperanza*) y armó Radio Bemba, un colectivo dinámico que se fue vigorizando con los kilómetros y que configura la matriz orquestal de *La radiolina*, el álbum que este mes sale a las calles. Con las guitarras de Madjid Fahem y David Bourguignon y el soporte vocal de Gambeat, Manu encuentra el enlace entre las fuentes Clash de Mano Negra y el reggae dulzón de sus comienzos solistas. Y, de algún modo, concilia más abiertamente los amores latinoamericanos con su pasaporte de la Unión Europea, recuperando la fibra punk y haciendo relecturas originales de la *chanson* y el flamenco. Por supuesto, lo de Manu siempre fue el *ratatouille* musical y el diario de viaje, y *La radiolina* propone un tour *uptempo* por las pasiones personales y los focos de conflicto de un mundo brutal, en el que a él se le hace cada vez más difícil vislumbrar la próxima estación. Así, hay una batida a duelo permanente entre el impulso rítmico y una especie de escepticismo contagioso. La "Tristeza maleza" que llega de *Washingtón*, las lluvias atroces sobre Fallujah, el Congo y Bagdad ("Rainin in Paradize"), la política criminal y el pánico marcan el pulso de un disco estupendo. Lo que suena es corrido mexicano mixturado con música hillbilly ("13 días"), serenatas andaluzas (la gran "Me llaman calle"), *chanson* ítalo-franchute ("A cosa", a dúo con el fantoche querible Tonino Carotone), rock a lo Iggy Pop ("The Bleedin Clown"), boleros ("Mundorévès"), rumba ("La vida tómbola", la que dice "si yo fuera Maradona...") y punk rock cantado al oído ("Mama Cuchara"). Todo en un batifondo repetitivo de sirenas policiales, trompetas mariachis, guitarras metaleras sonando en tercer plano (con solos virtuosos y todo) y la voz de Manu, en clásico efecto, replicando estridencia y placidez melodiosa por dos pistas diferentes. En ese viaje de western fronterizo, cuerdas sevillanas y pistolas de Brixton, lleno de citas propias y ajenas, Manu Chao, a los 46 años, sigue edificando una obra que puede escucharse como una única y eterna canción mutante que aquí ensaya una aceleración renovadora. Vale la pena apretar el paso.

PABLO PLOTKIN

FOTO: GENTILEZA BECAUSE MUSIC